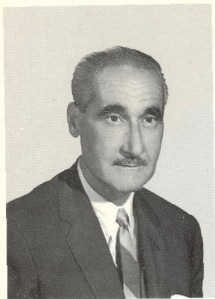


FRANCISCO RODRÍGUEZ BATLLORI

EL
ESCRITOR
Y *SU*
PAISAJE

1973



Nacido en la isla de Gran Canaria, Francisco Rodríguez Batllori es doctor en Derecho por la Universidad de Madrid. Ha publicado, entre otras obras, *Galdós en su Tiempo*, *Efímera Voz* (Poesía), *Andar y Ver*, y *Galdós* (colección *Los Gigantes*), esta última en colaboración con José López Rubio y Mario Parajón.

En sus habituales colaboraciones en la Prensa del archipiélago canario y "ABC" ha logrado un interesante género de trabajos periodísticos que reflejan una inquieta curiosidad y una sólida cultura, expresadas a través de una prosa limpia y animada. Sus crónicas sobre ambientes y costumbres son el vigía discreto y veraz de muy diversos climas estéticos. Suele apresar el ambiente y el contenido, el motivo y las circunstancias.

(Sigue en la segunda solapa).



8LG 8215



FRANCISCO RODRÍGUEZ BATLLORI

Camarero P.R.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento 74763
N.º Copia 624120

EL ESCRITOR Y SU PAISAJE

Prólogo de MANUEL HALCÓN



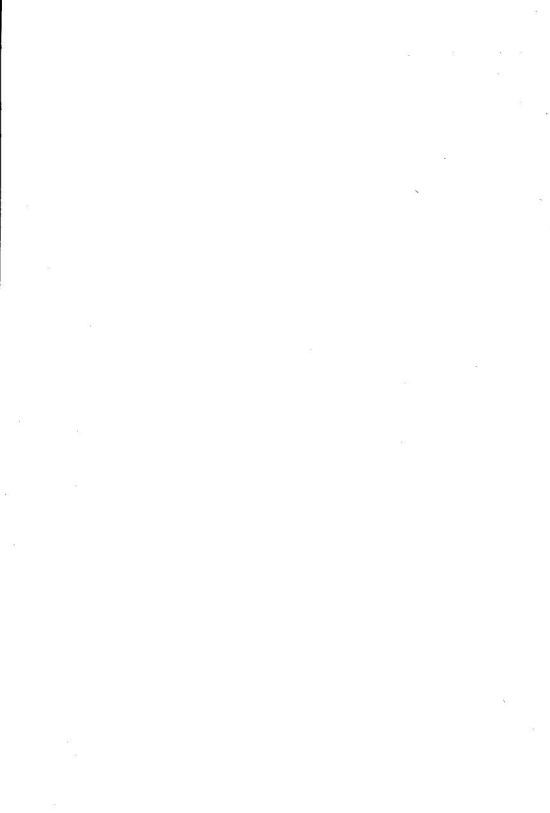
1973



Depósito Legal G. C. 528-73

Lit. Saavedra - C/. E. Fuentes, 33 - Las Palmas

PRÓLOGO



Conviene que sean los poetas quienes nos digan cómo son las cosas de otra manera y así sabremos cómo fueron antes y cómo van a ser después. Quiero decir que las fronteras que pone el historiador, el poeta las sobrevuela. Cuando el autor de un libro como Efímera Voz, de versos tan finos como láminas de aire, rinde su pluma a unos hechos o unos personajes históricos, nos brinda doble favor: abundar en la noticia y divulgar sin vulgarizar.

Esta es la tarea a la que desde hace años consagra Francisco Rodríguez Batllori una buena parte de su labor literaria. Y creo que este es el significado que podría dársele a este libro sobre tres autores de los que difícilmente se agotarán las interpretaciones.

Llano y sincero tal y como él dice de Galdós podemos decir de Batllori. Gran tarea cultural a favor de quienes lo necesitan; y gran favor a la persona culta, enfrascada en sus temas, este como tocarle en el hombro y proponerle un paseo por los nunca olvidados pero poco frecuentados campos del Marqués de Santillana, por los senderos entre arrayanes de Washington Irving o las vías reales por las que don Benito respeta, bordeándolas, las recientes pisadas del romanticismo.

La labor de un poeta que pide a sus musas una tregua para vengarse de la inspiración de los demás, es impagable.

De los autores evocados en este libro nos descubre la cara bañada por el sol, pero en movimiento giratorio, y así reciben calor íntegramente.

En este libro, como en todos los suyos, Batllori rechaza la facilona crítica negativa de la que otros pretenden sacar grados de ingenio propio. Llamar a Santillana coplero, a Irving fantasiero y agarbanzado a don Benito, como si esto último fuese necesario para recomendar la técnica de don Pio y de sus torpes imitadores.

Batllori sabe muy bien que lo difícil es engarzar el elogio merecido a la idea, a la manera, al logro feliz.

Este es un libro noble y fiel a los valores literarios que representan las tres figuras comentadas, abierto de par en par a la verdad poética antes que a la subjetiva. "Todo lo idealiza el espíritu elegante y la fina sen-



sibilidad del Marqués —dice Batllori, refiriéndose a las serranillas de Santillana—: los suaves paisajes campestres, la forma galante en que el caballero requiere de amores a la pastora, la digna esquivez de ésta y la alusión graciosa e intencionada al amor conseguido, en la última estrofa:

e non avenimos
e fueron las flores
de cabe Espinama
los encobridores.”

Suena esta serranilla como un regusto de los sentidos en el que el erotismo temperamental ahuyenta al torpe instinto y no por influencia italianizante —que la forma poética no manda en los órganos— sino por peculiar manera de aspirar, de conseguir y de gozar de un claro varón de Castilla.

Libros como El Escritor y su Paisaje constituyen la más sana lectura para quienes

sienten el brote del amor a las letras. En éste de Batllori contemplarán los cielos sin sombras bajo los que escribieron tres grandes figuras de la Historia literaria.

Una cultura posteriormente adquirida tal vez les traiga los nubarrones sofisticados de interpretaciones inestables, que le resten a la lectura el honrado y alegre despeje de la idea pristina, nacida en la mente de los tres autores elegidos.

Rodríguez Batllori ha ejercido la facultad de elegir, grata operación del espíritu. Tres autores, cada uno su verdad. Que aunque la verdad sólo sea una, cada cual la reelabora, en arte, a su manera.

MANUEL HALCÓN

(De la Real Academia Española)



Íñigo López de Mendoza es una de las más atractivas figuras de la literatura castellana.

I

ITINERARIO LÍRICO
DEL MARQUÉS
DE SANTILLANA



SE ha cumplido el 5.º Centenario de la muerte del marqués de Santillana. Y hemos venido a donde él solía, para depositar unas flores, decir unas palabras y rendir homenaje a su memoria. Estamos en la Alcarria. Miel dorada; pregón de abejas y romero. Sobre el pergamino del paisaje escueto, mondo y lirondo, entre rijoso y cetrino, marzo viste tímidamente de verdor la insólita estructura de

algún árbol peregrino. Guadalajara fue siempre solar agosto. Corazón de todo lo alcarreño. Nos hubiera gustado protagonizar de algún modo las formas de vida y los afanes de una época que aquí dejaron su huella: ser poeta guerrero de la tropa de Alvarfáñez y trasponer una noche estrellada de luceros la muralla de Guadalfáira morisca; trovador caminante de Sigüenza a Pastrana, de Molina a Jadraque; pregonero de epopeyas y romances fronterizos, recitar en los templos, ser recibido en cortes y palacios, en plazas y lonjas...

El itinerario vital del marqués de Santillana fue trazando un amplio círculo desde Aragón y Navarra, Castilla y Andalucía, para cerrarse en esta vieja ciudad alcarreña. Aquí encontraba don Iñigo serena paz y reposo fecundo; practicaba la más amable de sus aficiones: el cultivo de la poesía, la lectura profunda y meditada de bellos libros. Había reunido una importante biblioteca

humanística y se hacía traducir obras elegidas por su curiosidad intelectual. La tranquilidad momentánea que dio a Castilla la ejecución de don Álvaro de Luna, enemigo irreconciliable del marqués, único prohombre capaz de inquietarle, señala el momento en que termina la vida pública del poeta. Trabaja entonces con ardor en obras comenzadas en anteriores etapas de descanso y pone en orden los negocios de su hacienda. Los sobresaltos de una existencia borrascosa habían dejado profunda huella en su naturaleza. Próximo a cumplir los sesenta años se extinguió su vida. Los restos del poeta recibieron sepultura en la capilla mayor de la iglesia del monasterio de San Francisco, junto a su esposa, doña Catalina de Figueroa, y no lejos de su padre el almirante de Castilla don Diego Hurtado de Mendoza. Sobre la ejemplaridad del tránsito, es digno de conocerse el *Diálogo o Razonamiento sobre la muerte del marqués de Santillana*, escrito por su capellán Pedro Díaz de Toledo.

Santillana significa todavía para muchos un nombre perdido en la floresta de viejos valores literarios. Y fue mucho más. Fue punto fuerte intelectual cuando el arte de juglaría, lleno de elementos vitales y de airosa sencillez, acusaba su decadencia, dando paso a la irrupción del movimiento humanista italiano. Las relaciones con Italia se intensifican y las letras de este país y el caudal grecolatino reemplazan paulatinamente a la influencia oriental. Dante, Petrarca y Boccaccio son los grandes modelos en quienes se fija la curiosidad de muchos literatos, más atentos a los tratados morales en latín que a las obras escritas en lengua vulgar. Pedro López de Ayala, los marqueses de Villena y Santillana, Alfonso de Madrigal y los anónimos autores de las licenciosas *Coplas de Mingo Revulgo* y del *Provincial* preparan el brillante resurgir literario de la Edad Moderna.

Iñigo López de Mendoza es una de las

más atractivas figuras de la literatura castellana. Su sabiduría, su prosapia, su dinamismo intelectual y su aventura belicosa lo consagran como uno de los próceres más eminentes de *La court littéraire de don Juan II*, estudiada ampliamente, en dos volúmenes ya envejecidos, por el conde Puymaigre. Es una brillante anticipación de lo que en la centuria siguiente será el ideal del cortesano, según los cánones renacentistas. Sus circunstancias familiares le situaron en una posición social privilegiada que le permitía simultanear su amor a las armas y a la política con una irrefrenable afición por el cultivo de la poesía y el estudio de obras eminentes de la cultura universal. Pulsaba el marqués a solas su arpa nueva. A distancia flotaban grupos indecisos y anhelantes; promoción de una época caracterizada por la apertura a formas expresivas de una nueva sensibilidad.

En el podio de la fama literaria acompa-

ñaban al poeta otros dos nombres cimeros: Juan de Mena, que en Roma había adquirido una sólida cultura humanística, y Jorge Manrique, cuya prodigiosa dignidad literaria cuidaba con esmero la honda y serena emoción de las evocaciones, la elegante llaneza de un lenguaje cuajado de imágenes de extraordinaria originalidad. El primero legó el poema épico culto más importante de la literatura medieval, *El Laberinto de Fortuna*. Los acentos personales de Manrique adquieren plenitud en las *Coplas por la muerte de su padre* el Maestre Rodrigo. Uno y otro fueron vivas luminarias que flanqueaban la figura señera de Santillana en el común propósito de crear un lenguaje en consonancia con la dignidad de los temas.

Cultivó el poeta todas las manifestaciones estéticas, en un clima poco propicio a las exigencias del espíritu como el que le brindaba la revuelta corte de Juan II. Su preocupación por los complicados asuntos

políticos no dejaba traslucir su futura trascendental influencia en las Letras. Era un culto caballero tocado por la gracia de la brillantez, y aquellas piruetas cortesanas no le impedían encontrar el tiempo necesario para cumplir su destino de gran forjador de una manera de ser de nuestra Literatura. Conocedor de lo que él llamaba “la sublime antigüedad”, denostaba la osadía de los improvisadores, el falso prestigio de los mediocres. Rompe moldes, en una palabra, y logra un refinamiento hasta entonces no alcanzado. Su talento vigoroso y ameno recorrió todos los géneros y formas de la literatura poética, con espontáneo entusiasmo, nunca rebelde al impulso de una fantasía tersa y lozana. La erudición pedantesca de sus contemporáneos no logra adulterar ni corromper la delicada cortesanía que distingue la lírica del marqués. “Si imita a los poetas provenzales —apunta Fitzmaurice—, se desprende de su artificio; gracias a su naturalidad y a su tacto artístico hace vivir

sencillas emociones que los torpes habían de amazotar y corromper... Cuando cesa de imitar se hace inimitable.”

La poesía del siglo XV, influida por un vehemente deseo de virtuosismo, se sitúa, por regla general, entre dos extremos: la intrascendencia de ciertos temas menores y la afectada solemnidad de los largos poemas eruditos. En unos y en otros surgen casi siempre elementos dignos de la mayor estimación. El tono grave y trascendente no deja de encontrar ecos de auténtica nobleza. La viva musicalidad que alienta en el sencillo campo de la poesía ligera es un delicado ejemplo de expresiva y graciosa elegancia. Quizá creyó Santillana, como buen italianista, que sus sonetos “al itálico modo” constituyeron la cima de su prestigio. Grave error. El nombre y la gloria del poeta se anudan a las obras de juventud: a sus “decires”, “vaqueiras”, y “serranillas”, que muchas veces brotaron como flor de poesía

fronteriza o en recuerdo de correrías sobre el campo enemigo. No importa que el tema sea siempre el mismo. El poeta lo transforma y diversifica merced a la facilidad con que cambia de paisaje y utiliza circunstancias topográficas e indumentarias que proyectan color de realidad sobre unas situaciones que, en determinados casos, pueden ser incluso pura ficción poética.

El empeño del marqués de Santillana por dignificar la poesía de su época se descubre en una serie de obras de tipo didáctico-moral, con clara y lograda intención senequista: vanidad y fugacidad de la vida, exaltación de la dignidad del hombre. No debe olvidarse que el marqués fue, aparte de guerrero y político, un hondo humanista. Sus biógrafos coinciden en calificarle de afable y magnánimo, templado y cortés. Hernando del Pulgar definió a este claro varón de Castilla como "agudo e discreto e de gran corazón que ni las grandes cosas le alteraban,

ni en las pequeñas le placía entender”. Mena encontró la justa expresión del carácter de Santillana :

*Sois el que a todo pesar e placer
fazedes un gesto alegre e seguro.*

¿Qué son el *Diálogo de Bías contra Fortuna* y los *Proverbios* sino una exposición sentenciosa, un tributo del autor a las mejores corrientes moralizadoras? No pierden los *Proverbios* actualidad; aún hoy, en la era del desdén insolente, son leídos con interés, y sorprende encontrar en ellos observaciones que no envejecen, por alentar atinadas advertencias y prudentes normas de conducta :

*A quien puedas corregir
e aconsejar,
o te pueda amonestar,
debes seguir.*

*Piensa mucho en elegir
tal amistad
que te recuede honestat
e bien vevir.*

Considerados como obra didáctica, los *Proverbios* son una contribución a las exigencias de la ética. En la muchedumbre de avisos y consejos de los poetas del siglo XV aquéllos despuntan por el acierto en las comparaciones, siempre oportunas, por su concisión y, sobre todo, por la facilidad con que se salva el peligro de incurrir en una pesada erudición. Demuestra Santillana una amplia visión de lo que ahora llamaríamos complejidad de la vida de relación en que un príncipe ha de desenvolverse. La fuente manifiesta de las normas morales de Santillana son los *Proverbios* de Salomón, manantial que también utilizaban los demás moralizadores del siglo XV. Cuando este siglo se caracteriza por el despotismo, la tiranía, las luchas políticas y el estado anár-

quico del país, la postura señorial y ortodoxa del marqués representa una auténtica floración del espíritu democrático de Castilla. Pronto alcanzó la obra de López de Mendoza los honores de la imprenta. Los *Proverbios* fueron quizá los primeros en gozar de este privilegio: hacia 1490 se imprimieron en Zaragoza y seis años después vio la luz una segunda edición.

El conocimiento que de la vida práctica logró Santillana imprime a sus versos un aire de autenticidad, de propia experiencia, de autoridad personal que es, a la vez, fuente primaria de inspiración y actitud política y moral definida. Cuando habla de *justicia*, de *honesto corrección*, su preocupación es más profunda, tiene mayor trascendencia que la puramente ocasional o la que pueda deducirse de un propósito literario o estético. No es difícil descubrir una constante: el deseo de crear una poesía de tono elevado que supere en gravedad y hondura filosófica

a los intrascendentes juegos musicales de la superada escuela trovadoresca. En relación con este noble propósito se advierte con frecuencia el empleo intencionado de un lenguaje culto —no culterano—, rico en neologismos y en citas mitológicas que cumplen la función secundaria de un elemento decorativo.

En este punto resulta paradójica la postura que adopta. Si califica, como es sabido, de “ínfimas” a las formas más bellas de la épica anónima y desdeña los romances por considerarlos propios de “gente baxa y servil condición”, ¿por qué se complace en comentar cantarcillos de ingenuo sabor campesino y se deleita en la gentileza y lozanía de las mozas serranas, mezcla de sensualidad agreste y dignidad lírica? ; ¿por qué la gracia de la expresión, el pulcro y gentil donaire del metro, prendas comunes a todas las composiciones cortas del marqués, alcanzan la cima de su perfección en las *serranillas*?

Cierto que algunos de los motivos que utiliza fueron en su origen versos de un poeta culto que, a fuerza de tiempo y trasvases, se convirtieron, por degeneración, en temas de sabor popular. A la frescura inmarcesible de las *serranillas* se une la más fina y sutil ironía, en un plano de idealización, muy distinto al elegido en el siglo anterior por el Arcipreste. Ríe Juan Ruiz, pletórico y campechano, en la primera mitad del siglo XIV; sonrío Santillana, delicado y señorial, en la primera mitad del XV. Emplea Santillana una forma lírica original; el marco bucólico se insinúa con rapidez de acción que nunca incurre en el desenfado epigramático. Sus pastoras son normales, gentiles, femeninas; las del Arcipreste hombrunas, batalladoras, incluso monstruosas.

El interés permanente de las *serranillas* ha llevado a localizar su escenario geográfico; explicar los lugares que encendieron la inspiración; describir el ambiente; iden-

tificar la ocupación, la indumentaria y el carácter de las protagonistas; fijar la cronología de ciertos hechos; establecer paralelismos muy atinados y rectificar errores en que incurrieron críticos y comentaristas. ¡Cuánta mención de sitios familiares! Moncayo, Boxmediano, Torrellas, El Fallo, Trasmoz, Veratón, Conejares, Travesaña, Bedmar, Jamilena. "Camino de Añón, cerca de Trasovares, junto a un manantial..." La serrana de Lozoyuela es apetecible como fruto temprano. La de Manzanares realza su atractivo con una canción que se pierde en el silencio de los campos; guarda celosamente la vereda pero sucumbe, al fin, vencida entre los frescos tomillares.

Las composiciones cortas de Santillana, de alada inspiración, de suelto y ligero ritmo, responden indudablemente a recuerdos personales del poeta, vinculados a diversas regiones de la geografía peninsular o a de-



terminados y concretos hechos de armas : guerra en Aragón o en Andalucía, correrías en la frontera islámica, sentido directo del paisaje castellano...

Extremado el propósito de dignificar el arte poético coetáneo, fue precisamente en el campo de la poesía ligera —insistimos en la paradoja— donde Santillana había de alcanzar sus más sazonados frutos. Lo confirman sus *canciones*, *decires* y *villancicos*, en los que, con frecuencia, glosa algún cantarillo de vieja tradición, buscando complacidamente motivos poéticos en las desdeñadas y humildes formas de inspiración popular. Y es que todo lo idealiza el espíritu elegante y la fina sensibilidad del marqués : los suaves paisajes campestres, la forma galante en que el caballero requiere de amorés a la pastora, la digna esquivez de ésta y la alusión graciosa e intencionada al amor conseguido, en la última estrofa de la *serranilla* III:

*e non avenimos.
E fueron las flores
de cabe Espinama
los encobridores.*

El afán por embellecer todos los motivos que sugieren alguna glosa, algún comentario lírico, coincide con el conocido concepto que de la poesía tuvo el marqués: “fingimiento de cosas útiles, cubiertas o veladas con muy hermosa cobertura, compuestas, distinguidas e scandidas por cierto cuento, peso e medida.” Muchas de las breves y deliciosas composiciones de Santillana, rebosantes de fresco lirismo, escritas en un estilo que huye de la erudita pesadez con propósito de hallar lo sencillo y cotidiano, revelan su fidelidad a este concepto de la poesía, sin desviarse del camino elegido para alcanzar la culminación de un arte exquisito que —con razón se ha dicho— no llegó a superar Lope de Vega siglo y medio más tarde.

La mañana marceña está llena de intensos azules castellanos. Nos alejamos de esta joya pétrea que fue mansión residencial de los Santillana. Cuna de realidades y de sueños. Blasonado palacio donde Catalina de Figueroa veló llena de angustia las ausencias del guerrero-poeta y le acogió gozosa y ufana a su triunfal regreso de la villa de Huelma, o tras la gesta heroica de Torija; al traer prendidas en la punta de su lanza las villas de Armunia, Píoz, Meco, Miralcampo, Aranzueque y el Pozo; cuando afrontaba serenamente las desleales asechanzas de don Álvaro de Luna y las sospechosas veleidades del propio monarca.

Iñigo López de Mendoza trajo a este palacio de Guadalajara su entusiasmo huma-

nístico, su afán de lectura, su cuidado y afición de bibliófilo. En sus códices lucen primorosas miniaturas, campean las armas de su prosapia. Su divisa "Dios y Vos" resalta afligranada en sus libros. Se percibe el hábito de universalidad que corresponde a un espíritu abierto a toda influencia culta. La biblioteca del marqués, estudiada profundamente por Amador de los Ríos y Mario Schiff; la extensa zona literaria que abarca constituyen la culminación de la cultura escrita de nuestro siglo XV.

En este viejo palacio, índice del avance intelectual del siglo XV, "museo del discreto", punto de reunión de doctores y maestros "con quienes platicaba en las ciencias e lecturas", se cierra y sintetiza el amplio itinerario vital, la fecunda andadura política, guerrera y literaria de uno de los ingenios más relevantes de la España del medievo. Queden estas reflexiones como un recuerdo y un homenaje al cosechador de lengua viva,

cuya forma y estilo se identifican tan pulcramente que no es posible confundirlos sin mancillarlos; al poeta que fecundó e hizo germinar el campo de la literatura castellana, dando vida a una expresión lírica que alimenta desde su origen el prestigio y la fuerza de una obra disparada a la posteridad.

La autarquía literaria, el chauvinismo desenfrenado y a ultranza, el gesto suicida de encerrarse en la propia caparazón de lo que pertenece, por cultura y por idioma, a sí mismo, es la mejor manera de cargar de vacíos, de infinita mediocridad, el surco abierto de una de las más nobles actividades del hombre: la palabra escrita. Si el escritor, antes que nada, es él y la influencia de sus contemporáneos, la Literatura de otros países tiene también su propia esencia, la esencia de los demás. Al intuir esto muy claramente, Santillana mostró su interés por lo nuevo, por lo que llegaba en alas de una brisa renovadora y permitía el milagro de una

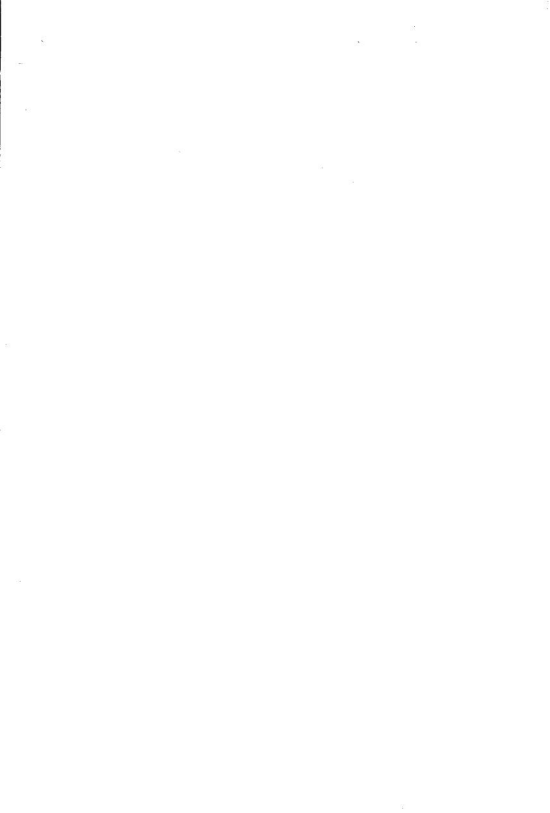
forma distinta de ver las letras españolas. Lector incansable, estudioso de los nuevos modos que corrían por el mundo culto, conocía puntualmente todo lo que a la sazón adquiriría algún brillo literario en Francia y en Italia. Le exacerbaba lo populachero, no lo popular que nace de la verdad, de la rígida formación que se distiende. Barre Santillana lo superfluo, lo bastardo, y pone claridad en nuestras letras en una época precursora de las grandes floraciones que se resumen en el Siglo de Oro.



La obra granadina de Washington Irving resume la admiración que siente por España el escritor norteamericano.



II



PASIÓN GRANADINA
DE WASHINGTON
IRVING





UNA tarde de mayo de 1829, por caminos de herradura y carreteras polvorientas, en sendos jacos, seguidos de un muletero vizcaíno que lleva el equipaje, marchan dos extranjeros. Movidos de curiosidad, realizan una excursión a través de Andalucía. Las jornadas transcurren bajo un cielo claro y luminoso, como si el paisaje se hubiese comprometido a preparar el ánimo de los viajeros antes de en-



trar en la ciudad de su meta. A poca distancia de Granada, en el crepúsculo dorado de su vega, detiéndose para contemplar absortos la grandeza de la Alhambra en una vecindad de perfumada umbría. Elemento primario de aquel paisaje hecho de aliento y de luz indecisa, el famoso palacio parecía recibir complacido la visita de aquellos hombres que, por vez primera, admiraban el grandioso panorama.

Granada es una ciudad de excepción. En su recinto se conjuga una rara armonía de clima, ambiente y arte. En medio del vergel, la ciudad, con su aire poético e histórico, con sus delicadas frondas que componen sin proponérselo un grabado romántico, parece dorarse bajo la luz del atardecer. Las viejas piedras, los vestigios egregios se mezclan, sin estridencia ni contraste, con el blanco enjalbiego de la ciudad. Una posada en las afueras del recinto urbano acoge amable a los dos extranjeros, que no se can-

san de admirar cómo se curvan los ramos de arrayán sobre un arroyo silencioso. Bajo la arcada de un patio hablan largamente. El *más alto, blanco y rubio, patilla y sota-barba*, es un miembro de la Embajada rusa, amigo de aventuras y catador de costumbres; disfruta de unas vacaciones y ha decidido, ilusionadamente, visitar aquel extremo de España. El *otro, que casi siempre lleva la voz cantante*, es un americano nacido en Nueva York. Hombre de leyes, no ejerce su carrera. Prefiere dar rienda suelta a su fantasía; conocer paisajes, costumbres y personas; escribir, con claro y animado estilo, las impresiones de sus andanzas por los caminos del mundo.

Tiene ojos color gris oscuro; nariz correcta; frente ancha, alta; boca pequeña. Su sonrisa es cordial; le ilumina todo el rostro cuando se dispone a decir algo jocoso. La frase brilla en sus ojos antes de que haya pronunciado una palabra... Es algo exótico.

Se cubre con capa Talma y viste sin rebuscada elegancia. Parece escapado de alguno de sus libros. La agudeza de su conversación entretiene a cuantos le escuchan.

Dice llamarse Washington Irving, y es tan aficionado a escribir que en su país se han hecho famosos algunos libros suyos sobre historia. Mucho ha vivido ya desde sus primeros estudios en las escuelas públicas. Conoce a la perfección el ambiente neoyorquino; su carácter inquieto le llevó a rastrear todos los rincones de la ciudad en que vio la luz. Perdida su fortuna y entregado al propio esfuerzo, dióse cuenta de que utilizando la pluma podía subsistir sin agobios económicos... Esto decía, sin nadie preguntarle, a los contertulios que se habían incorporado a la mesa de los viajeros con franca familiaridad andaluza. Cuenta los pormenores de sus viajes e informa de su estancia en El Escorial, dedicado a la traducción de

unos escritos relativos al descubrimiento del Nuevo Mundo.

Muchos años hacía que España era para él un lejano ensueño. Viene ahora dispuesto a escribir sin pausa sobre nuestras cosas.

La mirada del americano, empapada de las vastas perspectivas del paisaje de su país, de regiones virginalmente conservadas como en la fecha auroral del descubrimiento, se extasía en la estampa primorosa y miniada de estas breves colinas animadas por la risueña anécdota de los "cármenes", cuya serena placidez sólo encuentra réplica en el dorado silencio de los cigarrales toledanos. Cree intuir en la lejanía el rumor de las gentes que labran la tierra o desfilan a lomo de sus cabalgaduras por estrechos senderos flanqueados de pitas y chumberas; los rostros morenos de la gitanería inquieta; su extraño y vivaz parloteo.

Todo es un espectáculo inusitado para la curiosidad del escritor: el campo granadino; las diversas tonalidades de un verde que el crepúsculo atenúa y dulcifica; el tintineo musical de las gráciles fuentes; la alegre tonadilla del arriero; el gracioso gesto de la mozuela; el pregón casi lírico del vendedor ambulante... Muestrario lleno de facetas que prenderá para siempre en la vista, el oído y el sentimiento profundo del viajero. No encuentra un defecto ni una falta en esta región de la vieja España. Todo le complace. Todo aviva su curiosidad y estimula su fantasía. Su identificación con el paisaje, con el ambiente que le rodea nace de una predisposición admirativa, una predisposición cordial y sincera.

El posadero, el gitano, el contrabandista, ganados por el fervor españolísimo y la pasión granadina del extranjero le hablan con

calor y entusiasmo del viejo palacio árabe abandonado por sus antiguos moradores. Entre aquellos muros —le informan— quedaron sepultados bienes y riquezas; inmensos tesoros que inspiraron fábulas y leyendas; recuerdos que aroman los viejos sillares del alcázar con vaho de jazmín en primavera. Espoleada su curiosidad, chispeante de fantasía el viajero americano dirige sus pasos hacia las proximidades del palacio. De la masa parda, verdinegra, ve surgir la torre de Comares. Descubre luego el patio de la Alberca, el de los Leones, el diminuto jardín de Lindaraja, la muralla con sus nervios de torres cuadradas... En la lejanía presiente la esbeltez del Generalife, las ruinas informes de la Silla del Moro, el rumor de la fuente del Avellano, la acequia que conduce aguas al molino morisco... Prescindiendo del tiempo, imagina en su vaguedad formas corpóreas, españoles y árabes, cantares y romances, leyendas y tradiciones, guerras y hazañas caballerescas. En la fan-

tasía del escritor se alzan las sombras de Aben-Habuz y su casa del Gallo de Viento, Mohamed el Zurdo y las tres princesas, el peregrino del amor, Peregil, el Gobernador manco, el soldado... Irving mira desde ahora el palacio como un objeto misterioso; como la Casa Sagrada de Mahoma para los peregrinos musulmanes; como la joya afiligranada que troqueló Abu-Alahmar. Puede comprendérsele más soñador de soledades granadinas que no hijo legítimo de la joven América.

Era tan fuerte el atractivo que apenas despunta el día vuelven los viajeros al recinto amurallado. Irving se consumía de impaciencia por conocer al gobernador y obtener un permiso que le permitiese habitar las viejas estancias, recorrer detenidamente salones y jardines, alimentarse de sombras y recuerdos. El maridaje romántico de unos meses de historia y leyenda, de fantasía y realidad daría vida a los *Cuentos*

de la Alhambra, tan amenos y sugestivos como pueden serlo *Las mil noches y una noche*. Transmutado en caballero español o árabe, Irving se confabuló con la Alhambra y su paisaje. Aferrado a su fantasía vagaba por los patios, asomábase a los miradores y se perdía bajo las frondas de los jardines, clavado en su embrujo, adormecido por el susurro de las fuentes. “No se puede visitar este antiguo retiro favorito de los árabes —escribió—, este palacio donde las costumbres orientales desplegaron todo su esplendor, toda su elegancia, sin que los antiguos romances vengan a la imaginación. Se espera casi ver la blanca mano de una princesa hacer una seña desde el balcón o algunos ojos negros brillar detrás de la celosía. La morada de la belleza está allí, como si hubiera sido habitada ayer, pero ¿dónde están las Zoraidas y Lindarajas?” Para un escritor que vivió tan intensamente “la realidad de su fantasía” sobran la metáfora, la inventiva y el doloroso parto de personajes imagina-

rios. El escenario era su propio entorno; los protagonistas, las sombras que acuciaban al escritor para que les infundiese vida y movimiento. La obra granadina de Irving es, en el rico muestrario de la literatura popular, de las más serias y trascendentes. Sus galas y atavíos de lenguaje, el color de sus consejas, la aguda interpretación de las costumbres locales franquearon al narrador las puertas de la fama en ambos continentes.

Washington Irving ha sido, indudablemente, uno de los norteamericanos más seducidos por el encanto de España; por sus paisajes, costumbres y tradiciones. Abandonó un día su casa de Nueva York —“tan llena de ángulos y de rincones como un sombrero de tres picos”, según su pintoresca descripción— y llegó a nuestro país dispuesto a conocerlo e interpretarlo sin los prejuicios y las ideas preconcebidas con que nos obsequiaron otros escritores europeos, cuyas torpes versiones se pasean aún por

el mundo como si un rescoldo humeante tratase de evitar su saludable extinción. El escritor americano capta honestamente el tema español; se impregna de él. Y para refrendar sus observaciones y vincularse del todo a la más pura vena de lo hispánico cultiva la amistad de Cecilia Böhl de Faber, la escritora costumbrista de aquellos años.

La relación Irving-España no fue casual. En el mundo de lengua inglesa despertaba en aquellos días una corriente de curiosidad por la historia y la cultura hispánicas. Irving se dio cuenta de este hecho y se adelantó a otros hispanistas que le sucederían en el interés por nuestras cosas. Pronto adivinó que el erudito trabajo de Martín Fernández de Navarrete, —“el Merlín de los papeles”—, sobre el descubrimiento de América, no era el conducto más idóneo para que su talento de narrador llegase al gran público. Decidió

hacer una adaptación en vez de traducirlo, demostrando así que prefería la historia hecha literatura a la indigesta disciplina de la investigación. Su contacto físico con la vida española, con las costumbres y leyendas de Andalucía vino más tarde. Recién llegado a Madrid se paseaba, como muchas gentes desocupadas, por el Prado y la Puerta del Sol. En las horas que le dejaban libre las lecturas en bibliotecas y archivos y su puntual correspondencia con Navarrete —su valedor, más tarde, para el ingreso en la Real Academia de la Historia— solía recorrer a pie largas distancias, con un afán desmedido por conocer la forma de vida de las gentes, sus costumbres, sus reacciones frente a lo efímero y lo trascendental. Captado por España e interesado en todos los aspectos culturales de nuestro país, inicia en nuestro suelo su etapa más fecunda. “Las líneas simples y severas de los paisajes españoles —escribe— tienen algo de sublime. Las inmensas llanuras de Castilla y de la Mancha,

que se extienden hasta perderse de vista, atraen por su uniformidad y su grandeza y producen una impresión análoga a la que produce el océano. Recorriendo estas soledades sin límites aparentes se percibe, de tarde en tarde, un rebaño conducido por un pastor inmóvil como una estatua, llevando su vara a guisa de lanza; una hilera de mulas atravesando lentamente el desierto como las caravanas de camellos atraviesan las arenas de Arabia; un labriego que camina solo, armado del puñal y de la carabina... Los recuerdos de este hermoso país tienen un encanto tan poderoso sobre mi imaginación que me es difícil alejarlos de ella una vez que los he conocido."

España fue el país de sus sueños de escritor; el escenario que reclamaba su viva fantasía. ¡Qué sugestivo ambiente para la imaginación encendida de un narrador! Lástima que rompiese el embrujo para aceptar en Londres un puesto diplomático que a la

sazón no ambicionaba. De todas formas, no fue del todo estéril su estancia en Inglaterra. La colección de esbozos y cuentos que corresponden a esta época de su vida contribuyó a labrar su gloria de escritor excepcional. Su estilo es armónico y lleno de gracia. Sus descripciones llevan el sello de una lograda sencillez. Su elegancia es natural, fácil y copiosa su imaginación, animada su fantasía. Halló la fórmula de un arte rico en poesía, a tono con el gusto de la época. Una suerte de romanticismo moderado; exaltación literaria y culta del material ameno, castizo y sincero que supo extraer de la inagotable cantera española.

Pero volvamos a la estancia de Irving en Granada, época que señala un hito memorable en la vida del escritor. Asomado a un balcón de la Torre de Comares, admira con su catalejo el mismo paisaje que Haben-

Hamet contempló desde abajo, mientras herborizaba, atraído por su amor a la naturaleza. Deja caer su mirada a los pies de la colina, recorre el cauce del Darro y observa a las gentes que van y vienen por el paseo de los Tristes, las callejas silenciosas y las plazoletas inundadas de sol. Viñeta genuinamente castiza la de unos majos de arrogante figura que se mezclan con clérigos de larga teja, contrabandistas, aguadores, soldados, garridas mujeres del pueblo, frailes mendicantes... Tipos pintorescos que no decaen con el Romanticismo, pues se consolidan como obligados protagonistas de todas las españoladas hurdidas sin la gracia y la elegancia que Washington Irving supo infundir a sus descripciones. Ama a sus criaturas y este amor se contagia al lector. Transmite lo que él siente, a través de los personajes de sus obras, no lo que éstos sienten o pueden sentir por su cuenta. Todo lo desmenuza y anatomiza con afán de interpretar rigurosamente los perfiles del



paisaje. Es, en realidad, el ambiente y no el hombre lo que hace pasar por su microscopio y su bisturí. La pintura es exacta, sincera. Estimula constantemente el interés y crea en el lector un estado de ánimo que lo eleva sin esfuerzo al mundo ideal de la leyenda. Evoca un sueño e inmediatamente surge la actividad creadora. Su obra fue, en cierto modo, una parodia de la pedante hinchazón con que algunos escritores recargaban de asfixiante erudición el firmamento literario.

No quiere decir esto que si el tema en que fijaba su atención exigía rigurosidad histórica incurriese en la frivolidad de tratarlo en forma insustancial e irresponsable. Las figuras de Jorge Washington y Oliver Goldsmith y la presencia de España en el Nuevo Continente merecieron todo el respeto y la seriedad del escritor.

La posición contemporánea de Washington Irving fue paradójica. Su influencia real

sobre la inteligencia inglesa y americana no tuvo relieve, pese al tributo rendido a su inagotable manantial de imaginación e inventiva. Ciertamente que él permaneció a voluntaria distancia de los escritores reconocidos de su propia generación. Cuando las trece antiguas colonias americanas de la Corona británica alcanzaron su independencia política, resonó en ellas el grito de una literatura independiente. Washington Irving, narrador, ensayista, biógrafo e historiador asumió casi en exclusiva la tarea de encauzar esa literatura. Su obra ofrece dos vertientes: la una, norteamericana, corresponde al satírico tema neoyorquino, a las leyendas de las orillas del Hudson; la otra, europea, agrupa la leyenda alemana, las interpretaciones de Inglaterra y, sobre todo, el folklore, la leyenda y la historia españoles.

Este Irving para españoles del Romanti-

cismo permanece vivo y actual. Por ello, sin duda, algún viajero se acerca al patio de los Leones, de la Alhambra, esperando encontrar la sombra de aquel coronel inválido que tenía en su vivienda de la Puerta del Vino “tres mosquetes, un par de pistolas, un sable, un bastón y dos sombreros: de gala y de diario”. “Irving, primer turista americano, —escribe Gallego Morell— colocó en órbita la prosa de sus Cuentos en 1832, y ahora... todavía continúa girando alrededor de la tierra y enderezando hacia Granada a los sempiternos buscadores de una ciudad armada a golpes de literatura... y en permanente peligro de ser destrozada.”

La etapa granadina de Irving, pródiga en captaciones fascinantes, sobrevive y descuelga en la obra general de este escritor. Las páginas que corresponden a esta época, ricas en imaginación intuitiva, se elevan constantemente a planos poéticos inspirados por un escenario activo y ostensible. La aparición

de esta obra causó estupor en cierto sector de la crítica inglesa, sorprendida por la excepcional aptitud y la energía creadora de un escritor americano, "semisalvaje", al que sorprendían "con una pluma en la mano en vez de en la cabeza". Y es que Granada, la ciudad de mayor variedad de escenarios naturales, reveló a Irving todas sus facetas artísticas, folklóricas, poéticas e históricas: el pintoresquismo de su variado callejero, los altos cipreses de los "cármenes", el frágil aroma del jazmín, las macetas de geráneos en las casas blanquísimas, el arrayán y la pita, el lirio y el clavel, el camino del Sacromonte a la hora de los ritos gitanos, las laderas del Generalife, la Silla del Moro, las fuentes con nostalgia de jardín oriental...

"Ha tenido suerte la Alhambra con sus moradores —observa Emilio García Gómez—. A los príncipes y a los magnates árabes sucedieron los reyes y los nobles cristianos, que la amaron quizá tanto, pero

de más viril manera. Y cuando los reyes afrancesados la habitan por última vez y la abandonan, allí acampan los soldados veteranos y las viejas andaluzas, los contrabandistas y los gitanos. Tal vez mancharon de hollín las yeserías. Pero ¡qué desgarró popular y qué colorido le dieron!" Mientras Washington Irving descifra el secreto del alcázar granadino, escudriñando las estancias en que habita, Víctor Hugo sueña con el Oriente ya creado por la literatura romántica, con su deslumbrante y caprichoso mundo de sultanes y favoritas, piratas y derviches. Le atrae lo más exótico y distante en el espacio y en el tiempo. Irving no tuvo que inventar temas exóticos; ni siquiera pretextos para que actuase su fantasía. Tan pródiga le fue Granada en sugerencias literarias que le bastaba situarse en el misterio de la noche y percibir el rumor de las frondas estremecidas para que la atracción del ambiente se le ofreciese arrolladora e irresistible. En Granada, y no en Castilla, aprende

el escritor americano las leyendas que ya nadie contará como él. Del contacto prolongado con uno de los ambientes más característicos y genuinos de cuantos perpetúan la huella oriental en nuestro país extrajo el rico caudal que alimentó su poderosa fantasía y estimuló su talento de narrador.

Washington Irving pasa un largo período en su país, pero el recuerdo de España le martillea con insistencia desde la otra orilla del Atlántico. En 1842 es nombrado ministro plenipotenciario en Madrid. Las exigencias protocolarias le impiden, muy a su pesar, acogerse de nuevo a los lugares en que se gestó y tomó forma la voluta sutil de sus páginas granadinas. Su vida diplomática gira en torno a las figuras de la política. Sumergido en las obligaciones del cargo no dispone de tiempo para proseguir su tarea

literaria, pero en el repertorio epistolar de este período quedan reflejados, con la gracia de un delicado camafeo, curiosos aspectos de la vida española. Cuatro años dura su misión diplomática en nuestro país. Al abandonarlo experimenta el dolor y la tristeza que sintió el rey moro al perder para siempre su alcázar granadino, el grato susurro de los surtidores, las apacibles frondas de los jardines aromados...

Sólo vivirá doce años más. El escritor está lleno de nostalgia. Muestra complacido a quienes le visitan su uniforme cortesano, su bastón y sus navajas españolas, sus azulejos de la Alhambra. Su retiro de Sunnyside está repleto de libros y objetos de España. Relata a sus amigos, en una sucesión de animadas imágenes, las leyendas e historias que escuchó de labios de Mateo Jiménez, escudero, guía y, en cierto modo, historiógrafo del escritor. Porque Irving no inventa; ilumina mágicamente la fantasía verbal que

prodigaban sus pintorescos vecinos del palacio nazarita. El auditorio le escucha silencioso, subyugado por las amenas narraciones que parecen extraídas de las páginas sorprendentes de un libro oriental. Los dorados crepúsculos del Hudson recuerdan al escritor el atardecer granadino, a la hora en que el sol se pierde tras el dulce paisaje de la vega o hace guiños en un caldero de cobre que resalta sobre el recio colorido de una manta alpujarreña.

Se atribuye a Washington Irving haber utilizado un vocabulario reducido, precario, casi reiterativo; abusar, en corto espacio, de idénticas expresiones; adjetivar con intención estilística. Pero junto a estos leves pecados hay que admitir su profundo poder de observación, su *graciosa y original impresión* directa de las cosas, sus admirables páginas trenzadas de finos arabescos.

“El acercamiento norteamericano a nuestra vieja civilización —señala Andrés Soria— tiene por precursor indiscutible al inquieto soñador del Hudson.” Las letras españolas, que siempre le atrajeron con fuerza de imán, le inspiran reflexiones como la que, en 1825, recoge en una carta dirigida a su sobrino: “No conozco cosa que me deleite más que la literatura española antigua. Encontrarás algunas novelas espléndidas en este idioma... La literatura española participa del carácter de su historia y de su pueblo: tiene un brillo oriental. La mezcla de ardor, magnificencia y romance árabes con la antigua dignidad y orgullo castellanos; las ideas sublimadas del honor y la cortesía, todo contrasta bellamente con los amores sensuales, la indulgencia consigo mismos y las astutas y poco escrupulosas intrigas que tan a menudo forman el tejido de la novela italiana.”

Irving forma parte del embrujo, del en-

canto y la leyenda de la Alhambra. Es aquí donde se exalta su pasión por lo islámico. Le atrae Granada, como teatro y como espectáculo, vista desde los miradores de este excepcional palacio del agua y el arrayán. Vivió un sueño y materializó una ilusión: habitar *físicamente* las estancias encantadas y señorear los senderos que pisaron las plantas de Boabdil.



Madrid conforma la obra y define el estilo de Galdós.

III

GALDÓS ENCUENTRA
A MADRID



A presencia física de don Benito Pérez Galdós está aún demasiado próxima. Su figura ha de proyectarse sobre el tiempo y con el tiempo. Su recuerdo será el monumento a la intuición; a la sonora claridad; al acento profundo y castizo; al mejor atisbo de las cosas; a la representación autóctona de las esencias y los perfiles españoles. El alma nacional, la fe nacional anidaron en el alma

de Galdós. A Galdós le temblaba España; dolor y gozo de España.

Escribir en esquema sobre la figura gigante de don Benito es empresa difícil. Reducirlo a síntesis ni siquiera cuajaría en una clave para la comprensión de su carácter. Sugerir las cosas es, sin embargo, a veces, más elocuente y persuasivo que derramarlas con desmedida prolijidad. Una enunciación puede ser testimonio, revelación, planteamiento. En estas páginas —lo sabemos— quedarán muchas cosas sin poderse decir; son el embrión de algo que pretendemos con el tiempo completar.

1843. Canarias. Las Palmas. En la mañana de mayo, cálida y soleada, un cortejo hartamente popular avanza por la calle de Cano. Es un bautizo. Los vecinos, la chiquillería que sale del colegio se apiñan noveleros y

curiosos. El grupo heterogéneo y colorista se dirige a la iglesia parroquial de San Francisco. Junto a la pila bautismal aguarda un sacerdote. Los familiares componen las ropas del neófito y descubren su cabeza para que pueda recibir el agua jordánica. Terminada la ceremonia, el oficiante escribe en un libro voluminoso y barbado: 382/Benito María. Y luego, con rasgos que tienen vagos remilgos de letra procesal: "En Canaria, a doce de mayo de mil ochocientos cuarenta y tres. Yo, el presbítero don Francisco María Sosa, con licencia del infrascrito Cura del partido de Triana, bauticé, puse óleo y crisma a Benito María de los Dolores, que nació el día diez del corriente, a las tres de la tarde, en la calle del Cano, e hijo legítimo del Teniente Coronel del Regimiento provincial de Las Palmas, don Sebastián Pérez, natural de Valsequillo, y doña María Dolores Galdós, de esta ciudad; abuelos paternos don Antonio Pérez y doña Isabel María, de Valsequillo; maternos don Domingo Galdós, na-

tural de Vizcaya, provincia de España, y doña María Medina, de esta ciudad. Fue su padrino don Domingo Pérez; advértele de su obligación y espiritual parentesco...”

Firmó el cura, dejando espacio para que lo hiciera el párroco. El cortejo regresó al lugar de donde había partido. En las puertas de sus tiendas curiosean los comerciantes de las calles de Malteses y Peregrina. Refiriéndose a la iglesia en que fue bautizado, escribió un día Galdós: “Cuando he oído el tañido de sus campanas siempre he sentido una emoción entre triste y dulce. Su son no lo confundiría con ninguno. Lo distinguiría entre cien que tocasen a un tiempo.”

En la casa de la calle de Cano hay una terraza soleada, desde la que se dominan los promontorios de la Isleta y el puerto de la Luz. Don Domingo Galdós y Alcorta, receptor del Santo Oficio, y doña María Medina, su esposa, contemplan desde esta atalaya la

periódica recalada del barco de la Península. En esta casa les nacieron once hijos, entre ellos Dolores, madre del futuro novelista. Transcurren los años y el pequeño Benito disfruta también de la hermosa panorámica que le ofrecen el mar y la rada, vistos desde esta terraza. Su niñez se impregna de lontananzas, de cielos y horizontes luminosos. Se imagina la estela dibujada por el barco en que sus tíos emigraron a América, y la ruta de Cádiz, por la que él mismo habría de abandonar la isla.

El propio Galdós se empeñó en rodear de brumas los primeros años de su existencia, dándoles la espalda en sus *Memorias*: "Omito lo referente a mi infancia, que carece de interés o se diferencia muy poco de otras de chiquillos o de bachilleres aplicaditos." La educación del futuro escritor no abandonó la línea del ambiente familiar. Recibe las primeras nociones en una escuela mixta,

regentada por señoritas, cuyo código disciplinario se caracteriza por una extrema severidad. Congenia con su hermano Ignacio y juegan a comunicarse sus proyectos. Recorta figuras de papel y se distrae construyendo casitas con sencillos materiales.

Ingresa en el internado del colegio de San Agustín, a cuyas aulas concurren los hijos de familias acomodadas de la isla. Silencioso y vuelto hacia sí mismo, apenas le interesan el recreo y las excursiones dominicales, donde los chicos quedan en libertad y se mueven a su antojo. Sólo espera con impaciencia la visita periódica al domicilio familiar, donde le aguardan la ternura de su madre, católica ferviente, como hija de inquisidor; los consejos de su tío y padrino, el sacerdote don Domingo Pérez; el cariño de sus hermanas mayores y las ingenuas vulgaridades de Teresa, antigua criada de la familia.

Simpatiza con un grupo de muchachos del que forma parte Fernando de León y Castillo, futuro embajador y político, con quien años después había de relacionarse íntimamente en Madrid. Las inquietudes y novedades de la vida local despiertan curiosidad en este grupo; siente interés por las ideas modernas que, en alas de un airecillo liberal, se filtran clandestinamente en las salas de estudio. Cierta día hizo su aparición un periódico manuscrito y en él escribe su primera "crónica" el joven Benito. No se trata de un ejercicio escolar. Elige un tema original y oportuno: la grotesca polémica suscitada en Las Palmas en torno a unos cantantes que a la sazón actuaban en el teatro de la capital. Recoge con humor este apasionado ambiente y ridiculiza el exaltado acaloramiento de los grupos en pugna. El período de su vida que transcurre en el colegio de San Agustín resume fundamentalmente las primeras inquietudes artísticas de

Galdós y revela su ingénita vocación por las letras.

Compone un drama histórico, en verso: *Quien mal hace bien no espere*, cuya acción llena de violencias ofrece los resabios y los flecos del Romanticismo. "Todo muchacho despabilado nacido en territorio español —diría mucho tiempo después— es dramaturgo antes de ser cosa más práctica y verdadera." Pero el acento romántico no cristalizaría en la obra futura de Galdós. La huella más interesante de sus primeros pasos como escritor está representada, seguramente, por la narración en prosa *Un viaje redondo, por el Bachiller Sansón Carrasco*, escrita en 1861. *El Sol* es un breve ensayo de crítica literaria en el que se aboga por las imágenes sinceras y auténticas. De *Un viaje de impresiones*, escrito en colaboración con uno de sus profesores, solamente se conoce una parte reducida.

La adolescencia de Galdós fue laboriosa y reflexiva. En esta primera época de su vida prendió la simiente de una vocación que, llegada la juventud, se convertiría en ardor y entusiasmo. Escribe versos satíricos: *El Pollo*, —contra el acicalamiento narcisista y los vanos galanteos—, *El Teatro Nuevo*, y un largo poema épico-burlesco, *La Emilianada*, que alude intencionadamente a uno de sus maestros. Estos escarceos líricos son un simple brote juvenil sin huella apreciable en la futura actividad literaria de don Benito. La brújula que orientaba su vocación no habría de apuntar hacia los senderos del lenguaje poético.

En el colegio nació también su gran afición por un arte que le sedujo durante toda su vida y le permitió paladear, siquiera sea efímeramente, las mieles del triunfo: dibuja, pinta. Expone su obra juvenil y obtiene premios y menciones honoríficas. Cerca de un centenar de dibujos de su época de colegial

sorprenden por la fina agudeza y la jovial ironía con que ridiculiza los convencionalismos de la sociedad isleña de su tiempo. En su casa de Madrid y, sobre todo, durante las temporadas veraniegas en su finca "San Quintín", de Santander, sigue cultivando apasionadamente esta aptitud secundaria que satisface una apremiante necesidad de su espíritu.

Durante los primeros días de septiembre de 1862 realiza en el Instituto Provincial de La Laguna los ejercicios de grado que le convierten en Bachiller en Artes. Abrimos su expediente escolar —un pliego amarillento, apergaminado— y curioseamos en el secreto de su vida académica: "En el curso 1857 a 1858, el primer año del primer período que comprende las asignaturas de Latín y Castellano y ejercicios de 1.^a enseñanza, habiendo obtenido la nota de sobresaliente, en 1858 a 1859, *con igual puntuación*, las asignaturas de 2.^o año de La-

tín y Castellano, primero de Francés y Geografía. En 1859 a 1860, *con igual nota*, las asignaturas de 1.º curso de Latín y Griego, primero de Matemáticas y 2.º de Francés; la Historia Natural con la de *notablemente aprovechado* y el 2.º curso de Matemáticas con la de *sobresaliente*. En 1861 a 1862, las asignaturas de Psicología, Lógica y Filosofía Moral y Física y Química, ambas con nota de *sobresaliente*.”

Con este saldo académico en su equipaje y sin regresar a la ciudad natal emprende viaje a la Península, desde Tenerife, en el vapor “Almogávar” que hacía ruta periódica entre el archipiélago y Cádiz.

¿Que rosa de los vientos llevará a Galdós por las venas del paisaje peninsular? Puede imaginarse la fiebre de impaciencia y de curiosidad que encendía al viajero. Ante su atenta mirada desfilan panoramas y rincones entrevistados por su vagarosa imaginación.



Capitales y aldeas; gentes observadas en la estrecha convivencia del carruaje. La Humanidad, su pródiga cantera, empieza a brindarle un variado muestrario. Observa atentamente el alegre trajín de las Ventas, su heterogénea clientela, heredera de aquella cuyas vidas y costumbres deformaban expresamente los escritores y artistas extranjeros para montar sus primores estéticos sobre tema español... Bailén y las Navas de Tolosa eran el mandato estratégico de la historia castrense; La Carolina, una inspiración romántica de colonización vinculada al nombre de Carlos III; Sierra Morena, la razón del guerrillero y la tentación del bandido; la Mancha, un mundo de caballería andante y de antiguas y gloriosas Órdenes; Ocaña, fiel reliquia de la Independencia; Aranjuez, vivo recuerdo de Historia reciente... Tales eran los vinos generosos que la ruta brindaba a Galdós en su descubrimiento de las tierras peninsulares.

Llegó a Madrid en un momento de fiebre urbanística. Se realizaban obras importantes en la Puerta del Sol; las del "salto de agua" maravillaban a las gentes. Fernández y González, escritor de asombrosa fecundidad, solía decir con desorbitado entusiasmo que aquel salto no era una fuente sino un río vertical. La genial intuición del marqués de Salamanca ofrecía al urbanismo madrileño una de sus más desafiantes y audaces realizaciones. Junto a las farolas del Salón del Prado se formaban animadas tertulias en las noches cálidas del verano. El Café de la Iberia se colmaba de resonancias políticas y un hálito misterioso envolvía a los conspiradores. El presagio revolucionario no privaba a Madrid de una de sus atracciones predilectas, el Teatro de Oriente, donde triunfaba el arte exquisito de Mario y Frasquini, y los palcos de las duquesas de Alba y Medinaceli eran ascuas relucientes que atraían todas las miradas. En el Teatro Español, el de Variedades y el Lope de Vega

las grandes figuras de Julián Romea, Matilde Díez, Valero, Teodora Lamadrid y Juan Lombía provocaban diariamente el aplauso y la admiración de un público entusiasta y entendido. Los artículos de Lorenzana en "El Diario Español" monopolizaban el interés periodístico.

Los madrileños veraneaban en La Granja, El Escorial y Miraflores de la Sierra. Por la Puerta de Alcalá pasaban en sus mágicos carruajes, camino de la Plaza de Toros, las cuadrillas de "Cúchares", el "Tato" y Cayetano Sanz. Los sonetos de Manuel del Palacio, mordaces, agudos como aceros toledanos, constituían un sabroso desahogo contra el malestar político. En la tribuna del Ateneo se combatía el "Syllabus" y se discutía la existencia de Dios con las doctrinas de la filosofía alemana. Los *Ecos* de Asmodeo ponían una nota cordial, galante, en el lenguaje malhumorado de la Prensa diaria.

Se conspiraba en los clubs y en los cuarteles; una agitación profunda conmovía a la capital del país, como pulsación de su fiebre interna. Los aires de la revolución se percibían por doquier. Un levantamiento de gran envergadura alentó a los partidarios de Prim y Serrano, y la Reina Isabel II tuvo que refugiarse en Francia. Las Cortes se convirtieron en un torneo de elocuencia: brillaba en el hemiciclo el verbo culto y barroco de Castelar. El 10 de noviembre de 1870 era elegido monarca el duque de Aosta. Su entrada en Madrid coincide con el traslado de los restos del general Prim a la basílica de Atocha. Pronto las rivalidades entre los políticos precipitan la caída de Amadeo, y la "forma republicana", que según Castelar llegaba en alas de una conspiración de la sociedad, la naturaleza y la historia, se sintió amenazada por nuevos motines e insurrecciones. Los madrileños fueron testigos, en la noche del 3 de enero de 1871, de la diso-

lución del Parlamento por fuerzas que mandaba el general Pavía.

El breve reinado de Alfonso XII, su prematura muerte, abre una nueva incógnita. El pueblo de Madrid se sume en un enorme silencio, mezcla de duelo y presagio; tras la aparente tranquilidad escóndese una sorda inquietud. Desaparecida la personificación de la Monarquía restaurada, sólo queda en pie una realidad: la Regencia de María Cristina. El pueblo llano continúa su vida en los barrios populares, en las cavas, postigos y costanillas, donde el espíritu madrileño se manifiesta con todas sus grandezas y miserias. Este mundo castizo y abigarrado que se extiende desde la calle de Postas a la de Toledo, pasando por la Plaza Mayor, plazuela de Pontejos y Concepción Gerónima; los mercaderes de la calle del Sol, las bullisiosas escenas de corredor, de astrosa chiquillería, tienen cierto sentido de autenticidad literaria porque en su conjunto asisten

en espíritu y en detalle a la obra de Galdós. Las calles recoletas, los mendigos, la picaresca; las camarillas y los pronunciamientos; la alegría y el dolor; lo sórdido y lo hondamente representativo anidan en un Madrid lleno de color local que el novelista conoce y frecuenta. La vida madrileña se desarrolla a ritmo de mediocridad y pereza, sin otros atractivos que la pequeña política, los estrenos de zarzuelas y las corridas de toros. En algunas minorías inteligentes y sensibles se despierta un espíritu de crítica. Escritores y artistas buscan los valores eternos que prevalecen bajo la extrema decadencia y tratan de crear un clima cultural. La última década del siglo XIX asiste a la revelación del realismo luminoso de Sorolla, la gran novela de Galdós, Leopoldo Alas y la condesa de Pardo Bazán, la erudición de Menéndez Pelayo y las investigaciones de Cajal.

Toca a don Benito Pérez Galdós el presenciar, el ser testigo y notario mayor de éstos y de otros acontecimientos de su siglo, en su apretado abrazo con Madrid y con la Historia española. Observa, “confundido con la turba estudiantil”, el hervor de la Noche de San Daniel. Recoge las noticias de nuevas y fracasadas sublevaciones. Ve pasar, “transido de dolor”, a los sargentos del Cuartel de San Gil que serían fusilados en las tapias de la vieja Plaza de Toros. Conoce de cerca a escritores y poetas. Frecuenta el Real, las tertulias de los cafés y las redacciones de los periódicos. “Enjareta” dramas y comedias con vertiginosa rapidez.

Madrid no tiene para Galdós ningún secreto, desde las buhardillas con olor a albahaca y trinos de jilguero hasta los salones en que tantas horas se perdían para la obra esencial del país. No fue extraño al joven Galdós el Madrid de don Ramón de la Cruz, de Mesonero Romanos, de Larra,

de Enrique Sepúlveda. El Madrid que admiraba el costumbrismo de Alenza. El Madrid cuyas clases sociales, tan distintas, se igualan y emparejan en sus anhelos, desniveles, pretensiones, defectos, virtudes y heroísmos. El Madrid tumultuoso y confiado, triste y alegre, ingenioso e imprevisor. Agua fuerte de una época para la que Bretón de los Herreros reservó sus más delicados piropos.

Madrid sería para Galdós el gran hallazgo. La gran revelación de una entraña española, aleccionadora y magistral. No satisfecho con recorrer calles y plazas, llega a imaginarse encaramado a mayor altura para abarcar a Madrid por entero: “¡Cuántas cosas veríamos de una vez si el natural aplomo y la gravedad nos permitieran ensartarnos a manera de veleta en el campanario de Santa Cruz, que tiene fama de ser el más elevado de esta campanuda villa del oso!” No se le escapa detalle de un mundo crepi-

tante que nadie había observado antes con tanta lucidez. Registra el aire de Madrid, anota su ir y venir de cada día y redacta el más subyugante padrón municipal que ha conocido la novela española. Llano y sincero, descubre siempre su juego limpio: "Venga el pan de donde viniere, por mi parte declaro que lo único que sé es cogerlo, así en la calle como en el hogar, ya en el disertar de los sabios, ya en el charloteo de los indoctos. Si alguna cualidad posee el que esto escribe, digna de la estimación de sus amigos, es la de vivir con el oído atento al murmullo social, distrayéndose poco de este trabajo de vigía o de escucha."

Cuando llega a Madrid no tiene aún veinte años. Se hospeda en la calle de las Fuentes con su paisano y amigo León y Castillo. No está dispuesto a dejarse absorber por la Universidad, ni le seduce la esperanza de que el foro le abra sus puertas para buscar en él fama y prestigio. En su aleja-

miento de la carrera de Derecho no hubo, seguramente, nada de fortuito e indeliberado; es patente que el tema jurídico apenas si aparece entre los muchos que Galdós toca con su pluma en estos años. Su decidida preferencia por la actividad literaria le aleja de todo aquello que no se relacione con el mundo real de sus creaciones. “La carrera de Leyes —dijo en cierta ocasión— tenía un año de preparatorio, y en ese curso la asignatura que estudié con verdadero gusto fue la literatura latina, por la relación que tenía con mis aficiones.”

Apasionado por lo que descubre, sigue las huellas de la Historia; rastrea los lugares en que se desarrollaron sucesos que luego ha de narrar con imaginación vigorosa. Aspira con delectación el aire aromado de antiguos y recientes acontecimientos. Una parte fundamental de la obra de Galdós carecería de significado si prescindiéramos de su deambular constante por la geografía ur-

vana de Madrid. No le satisface el exterior de las cosas y se empeña en descubrir sus entresijos, en asomarse a la intimidad de las gentes. Para conseguirlo recurre a curiosos ardidés: "... me hice amigo del administrador de casas de corredor de éstos arrabales, con objeto de acompañarle los domingos cuando iba a la cobranza de los míseros alquileres que se exigen a los inquilinos por el reducido espacio de sus viviendas. ¡Oh, qué escenas vi! ¡Qué protestas escuché!" Mientras sus compañeros de hospedaje asisten puntuales a las clases de la Facultad, Galdós hace "frecuentes novillos", pasea sin prisa por los barrios humildes y escucha atento el lenguaje castizo y su invención fecunda de voces y modismos. Le obsesiona el léxico popular, su gracia y donaire, el desenfado de las formas verbales: "Una tarde, al salir cansado y muy soñoliento ... encontré junto a la puerta de la calle a un señor que charlaba jovialmente con una vendedora de gallinejas. El lenguaje de am-

bos me cautivó: era en la boca del caballero una prosa urbana, graciosa, con ligeras inflexiones picantes, y en la boca de la tía Chiripa un enjuagatorio y escupitajo de sílabas esquinadas mezcladas de guindillas ..." La jerga popular y el lenguaje bullente y tabernario de los barrios castizos le interesan tanto como las escenas y costumbres que sorprende en sus exploraciones callejeras.

La obra literaria de Pérez Galdós se inicia por la vía palpitante y laboriosa del artículo y la crónica periodísticos. El periodismo de Galdós es a veces una anticipación abreviada de sus grandes proyectos literarios; algunos de sus artículos son la maqueta, el molde que configura obras de mayor entidad.

En 1865 colabora en "La Nación" y el año siguiente publica artículos políticos y de costumbres en las páginas de "Las Novedades". Posteriormente escribe en "El

Debate" y en la revista quincenal "La Guirnalda". Sus primeras colaboraciones en "La Nación" constituyen un resumen crítico de las actividades musicales de la villa. Al calor de las galeradas y con el entusiasmo que le prestan sus primeras experiencias literarias escribió *La Fontana de Oro*, en cuyos capítulos alienta el germen de lo político y lo histórico. Su dinámica narrativa se aparta de los desvaídos tonos de la novela romántica y del amaneramiento dulzón de los cuentos sentimentales. No escaparon los natos valores de esta obra a la perspicacia crítica de Menéndez Pelayo: "Entre ñoñeces y monstruosidades dormitaba entonces la novela española —observa—, cuando apareció Galdós con *La Fontana de Oro*." En la "Revista de España" publica *El Audaz*, su segunda novela. Es la década de los años 70. El escritor se aísla en el mundo de sus creaciones. Alejado de cuanto le rodea sólo vive para planear y realizar su vasta obra: *Sin dar descanso a la pluma escribí Doña*

Perfecta, Gloria, Marianela, y La Familia de León Roch ... Cuando Alfonso XII entró en Madrid estaba yo corrigiendo las pruebas de Gloria. Es la plenitud de su fiebre literaria ... Publica *El Amigo Manso, El Doctor Centeno, Tormento, La de Bringas. Lo prohibido* ... Todavía tiene don Benito que dar varios rodeos hasta alcanzar su camino cierto. Lima asperezas al idioma, excluye gangas innecesarias, afina la expresión y halla la forma presentida. En 1873 —ha transcurrido un siglo— encuentra una fórmula que le va a la medida. Inicia una serie de novelas, breves y amenas, con fondo histórico y título común: *Episodios Nacionales*. Le obsesiona una palabra, Trafalgar, y éste será el primer título de la primera serie. Galdós ya está en la senda que habrá de conducirlo a la más alta cima de su siglo. El éxito de sus novelas no decae, pero los *Episodios* le otorgan la máxima popularidad.

Altera alguna vez don Benito su voluntario aislamiento para viajar al extranjero, de donde regresa siempre con el espíritu colmado de sensaciones y realidades que galopan, al compás de su recuerdo, con ritmo vertiginoso y palpitante. Pasados los años, espolea el corcel de su memoria para que nada quede en la recámara del olvido. Describe sus visitas a Portugal, Francia, Suiza, Italia e Inglaterra con verdadero entusiasmo; y su prosa, generalmente sencilla y escueta, adopta formas e imágenes de delicada inspiración. No fue Galdós un turista superficial sino un observador agudo y penetrante. Las notas sobre algunos de sus viajes constituyen verdaderos testimonios autobiográficos.

Pasa temporadas en Santander, en su casa de "San Quintín". Esta residencia, emplazada frente a la bahía, en uno de los lugares más amenos del Sardinero, tiene para el novelista un singular atractivo. La mesa

del despacho da vista al mar. Allí trabaja silenciosamente, fuma sin pausa y recibe algunas visitas. Se encuentra a sus anchas. Madruga. Es dueño de su libertad. Suele a veces dirigir personalmente los arreglos de la huerta y allí se le ve, bajo los frutales, con gran indiferencia por su indumentaria. A lo largo de la tapia hay un andén enlosado donde pasea y medita. Pierde la noción del tiempo. No siente fatiga ni cansancio. Cada verano es más entrañable su amistad con José María de Pereda.

Pero Madrid le atrae con fuerza irresistible. Como un imán potente que ha de polarizarle y ungir toda su obra. No vive Galdós apocadamente en una torre de convencionalismos. Fabuloso observador del ambiente que le rodea, excluye los pórticos solemnes y las esotéricas cábalas para detectar abiertamente el espectáculo de la calle. Cada hombre es una composición personal hecha y azotada por el espíritu y la materia. Y Gal-

dós no solamente oteaba por encima de las bardas de los hábitos y las rutinas sino que, además, escrutaba las honduras donde latén los vivos anhelos y la tupida fronda del pensamiento. Madrid conforma la obra y define el estilo de don Benito Pérez Galdós. Quizá la razón se encuentre en ese sentido poseedor que los entusiasmos literarios engendran y que conducen hacia una inevitable y solidaria confabulación del escritor y su paisaje.

En dos ocasiones fracasa la candidatura de Galdós para el Premio Nobel. Sus oponentes promovieron fuertes campañas en las que se esgrimía como bandera el nombre de don Marcelino Menéndez Pelayo. Tal humareda produjo esta discrepancia que la Academia sueca se abstuvo de meter las manos en el avispero. Ni Galdós ni Menéndez Pelayo lograron el preciado galardón. En 1888, don Marcelino presenta al novelista como candidato a la Real Academia Española de la Lengua. Pero resulta elegido el catedrático

de Latín Commelerán y Gómez; los amigos del escritor canario sintieron de nuevo la amargura del fracaso. Ingresó, sin embargo, en la docta Casa nueve años después. A su discurso de ingreso: *La sociedad presente como materia novelable*, contestó Menéndez Pelayo, su "entrañable oponente" en la ya pasada ventolina del Nobel. Lección de tolerancia, de comprensión, de sincera amistad entre unos hombres con todas sus flaquezas, pero también con hermosas virtudes capaces de inspirar los más cordiales y efusivos sentimientos.

El teatro había sido uno de los grandes amores de Galdós al comienzo de su carrera literaria. Pero algunos desengaños sufridos y el halago de sus triunfos de novelista le distanciaron de la escena desde su tentativa de La expulsión de los moriscos. En 1892, a instancias del actor Emilio Mario, director



y empresario del teatro de la Comedia, reemprende la aventura con un arreglo teatral de *Realidad*. El éxito del estreno, mayor de público que de crítica, le anima a continuar en esta tarea, con obras pensadas directamente para el teatro. Estrena *La loca de la casa*, *La de San Quintín*, *Los Condenados*, *Voluntad ...* Madrid, su Madrid, fue testigo de los éxitos teatrales de Galdós; también lo fue de sus amarguras y fracasos. La racha empezada con éxito se quiebra en *Los condenados*, mal acogida por el público y la Prensa. Don Benito no fue capaz de disimular el desagrado que le produjo la excesiva dureza de la crítica en aquella ocasión. Se recobra con la escenificación de *Doña Perfecta* y ya no interrumpirá —con diversa fortuna— el estreno de nuevas piezas teatrales. En un clima apasionado y sectorario llegó *Electra* al Teatro Español. Empezaba el siglo. España estaba agitada por la tensión política. La obra originó discusiones, campañas y algaradas públicas que

incluso provocaron la dimisión del Gobierno. El estreno de *Electra* fue seguramente uno de los sucesos de mayor resonancia en la vida del escritor. Convertida en tema polémico, la obra llevó el nombre de Galdós a las carteleras teatrales de Europa y América y sus traducciones se multiplicaron inmoderadamente.

Tras los estrenos de *Alma y vida* y *Mariucha* obtiene, con *El Abuelo*, el éxito que para algunos constituye la culminación de la obra teatral galdosiana.

Los *Episodios Nacionales* entraban en su cuarta serie y Galdós debería ocuparse del reinado de Isabel II. La destronada majestad vivía en París, en el "Palacio de Castilla". Era una mansión cómoda y elegante, decorada en la moda del II Imperio, que tenía a su favor, sobre todo, una situación

incomparable, en el corazón del recinto urbano que trazara Haussmann: a dos pasos del arco de la Estrella, de los Campos Elíseos y de la más bella avenida del nuevo París. En este palacio tuvo lugar un acontecimiento de indudable trascendencia para la historia española: la abdicación de la Reina, condición *sine qua non* exigida por Cánovas para dirigir los trabajos contrarrevolucionarios; punto de partida, por consiguiente, de la restauración alfonsina. En el "Palacio de Castilla", años adelante, visitaría a doña Isabel el novelista, introducido en aquel simulacro de corte por el embajador León y Castillo, su antiguo amigo y compañero en las aulas del colegio de San Agustín. Deseaba Galdós oír de labios de la Soberana exiliada el relato directo de unos episodios históricos en que ella había sido primerísima protagonista. "Con exquisita bondad —referiría luego Galdós— acogió Isabel II la pretensión, y tratándome como a persona suya, que por suyos tuvo siempre a todos los españoles,

me dijo: "Te contaré muchas cosas, muchas; unas para que las escribas ..., otras para que las sepas". A los diez minutos de conversación ya se había roto, no diré el hielo, porque no lo había, sino el macizo de mi perplejidad ante la alteza jerárquica de aquella señora, que más grande me parecía por desgraciada que por reina." En las entrevistas concedidas la Soberana fue contando hechos, detalles y conductas de los años en que ocupó el trono, sin recatarse en ocultar ninguno de sus momentos difíciles. Galdós no perdía una sílaba de aquellas confesiones, "oyendo el encantador murmullo de la historia viva, fresca, brotando de su nativo manantial". La reina encontró un confidente para muchos descargos en la persona de quien había de ser su biógrafo más directo y comprensivo.

Así se hizo posible uno de los más impresionantes retratos literarios salidos de la pluma de don Benito. Un retrato que se

fue perfilando, encuadrado por diversas situaciones y a través de variadas facetas, a lo largo de los *Episodios*; y que el propio Galdós coronaría luego con una semblanza psicológica y política, en el homenaje que —¡él, presidente de la conjunción republicano-socialista!— dedicó a la Reina cuando murió en su exilio.

A Galdós siempre le impresionó lo que se ha llamado intuición popular de Isabel II. Esa llaneza espontánea que, lejos de aminorarla, parecía subrayar su majestad innata, era, ni más ni menos, la llaneza y el señorío que el novelista había descubierto en el pueblo de Madrid, en todos sus estamentos; un pueblo que, formando parte del ambiente y del paisaje que le enajenaban, servía de estímulo a esa fuerza interior que movilizaba los resortes de su capacidad creadora.

En Madrid es Galdós la figura más popular y querida de aquel tiempo. Su nombre

se pronuncia con una extraña unción. Apenas sale ya de su casa. Acude a sus últimos estrenos, donde recibe el aplauso a toda su gigantesca labor literaria. Le visitan algunos amigos. Escucha, dormita, sueña. Palpa el contorno de la piedra de su estatua y asiste a su descubrimiento en una fría mañana del invierno de 1919. Para todos es ya el novelista indiscutible; el que con más hondura ha penetrado en el alma de España. El cronista más exacto de los avatares de su Historia.

En la gloriosa ancianidad de Pérez Galdós hay una profunda amargura: sus ojos escrutadores, que supieron penetrar en el fondo de las almas y de las cosas, están sin luz. A pesar del temple de su ánimo, es fácil descubrir que la oscuridad de sus ojos llena también su alma de sombras. Ocultó la enfermedad durante algún tiempo, quizá porque su temperamento se negaba a doblegarse ante una manifestación de infortunio. Murió

ciego, como Homero, como Milton. Sus pupilas se apagaron lentamente. Como el poeta inglés, don Benito dictaba solamente. Al final, ni siquiera dictaba.

Salió por última vez el 22 de agosto de 1919, a dar un paseo en coche por la Moncloa. Esta zona arbolada de Madrid era la más próxima a su último domicilio en la calle Hilarión Eslava. La arterioesclerosis había clavado su garra en la fuerte naturaleza del novelista. A mediados de octubre cayó en el lecho para no levantarse jamás. En la madrugada del 4 de enero de 1920, rodeado de familiares y amigos, uno de los más grandes escritores de todos los tiempos dejaba de existir.

El pueblo de Madrid sintió una profunda sacudida, como si le faltase una parte de su espíritu; como si le arrancasen del solar patrio toda una muchedumbre de personajes que divirtieron, deleitaron e interesaron con

sus vidas y sus pasiones. Si los héroes de Galdós, los personajes de sus novelas y comedias hubiesen rodeado el féretro el día de su entierro, el público se habría sorprendido ante la multitud inmensa, la humanidad creada por el genio del escritor. Entre millares de cabezas descubiertas desfiló la comitiva. En el silencio que impone lo sublime pasaba muerto el escritor de raza, el intérprete de un siglo de historia de España. El precursor de una literatura que hunde sus raíces en la realidad y extiende sus ramas por el espacio inmenso de los grandes ideales. Sus libros han llevado su nombre hacia esa inmortalidad literaria que funde la vitalidad de una obra de arte con su objetivo sensible e imperecedero.

ÍNDICE

	PÁGINA
PRÓLOGO	7
I.—Itinerario lírico del marqués de Santillana	17
II.—Pasión granadina de Was- hington Irving	43
III.—Galdós encuentra a Madrid .	73

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN LOS
TALLERES DE LITOGRAFIA SAAVEDRA,
C/. E. FUENTES, 33
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
EL DÍA VII DE SEPTIEMBRE
DE MCMLXXIII,
VISPERA DE LA FESTIVIDAD
DE NTRA. SRA. DEL PINO,
PATRONA DE LA DIOCESIS DE CANARIAS.







(Viene de la primera solapa).

Es el cronista puntual de unos hechos que a veces por omisión, pereza o simple desinterés, se archivan en las celdillas del recuerdo y se confunden con otros aconteceres del calendario intelectual.

El mejor homenaje que ha recibido Rodríguez Batllori respecto a su labor en torno a Galdós —ha dicho recientemente un crítico de su obra— se lo ha proporcionado el profesor Joaquín Casalduero, al afirmar categóricamente: "No conozco libros tan buenos como éste".

Andar y Ver, publicado el pasado año, constituye una muestra lírica palpitante del paisaje hispánico.

De nuevo acude Batllori a la cita con el lector. En el libro que ahora saca a la luz, *El escritor y su paisaje*, el autor se abre paso entre la jungla literaria y documental que abarrotta bibliotecas y archivos y sigue el camino llano y lúcido que le permite resumir el cortejo de cosas que ayudan a ver, en su momento y en su lugar, en su circunstancia histórica y su faceta humana, a tres figuras literarias que agrupa y estudia en esta nueva obra: *Itinerario lírico del marqués de Santillana*, *Pasión granadina de Washington Irving* y *Galdós encuentra a Madrid*.

El escritor y su paisaje es uno de los trabajos más sólidos de la ya extensa producción literaria de Francisco Rodríguez Batllori.

D. S.

ULPGC.Biblioteca Universitaria



624120

BIG 860-4 ROD esc

